

¿Por qué, mamá?

Nanalia

Franja de edad: 6-8 años

Hacía frío, mucho frío, en aquel sótano sin luz natural. Estaba solo iluminado por algunos tubos fluorescentes. A veces, cuando las paredes temblaban, se apagaban un ratito y volvían a encenderse después, cuando les daba la gana.

Hacía muchos días que vivían allí. Eran unos treinta, entre niños, niñas, madres y alguna abuela. Ni un solo padre, tampoco ningún abuelo. Lógicamente, los allí encerrados no iban al colegio. Pero había una mujer que era maestra y organizaba tareas escolares entre los niños. Algunos días les enseñaba canciones típicas de su país para olvidar lo de afuera

–¿Por qué estamos tanto tiempo aquí abajo, mamá?

Mamá se llamaba Svetlana, el niño Mihail y tenía cuatro años.

–Pues porque un hombre malo está destruyendo nuestras casas. Si estamos arriba nos pueden herir, o matar.

Ella no quería darle demasiada información sobre la guerra para no traumatizar a un niño que todos los días hacía la misma pregunta. Varias veces.

–Los otros niños dicen que es por la guerra. ¿Qué es una guerra, mamá?

Los cuatro años de Mihail estaban muy despiertos. En ocasiones, tras una sacudida las luces fallaban y oscuridad era casi total. Pero alguien encendía dos velas para no quedar a oscuras del todo. Era en esos momentos cuando Mihail se acurrucaba sobre su madre y le daba besos para sentirse querido.

–Una guerra son dos ejércitos cuyos soldados no se conocen, ni se odian. Sin embargo, luchan por órdenes de hombres malos que sí se conocen y se odian. Y disfrutan haciendo sufrir a sus pueblos.

Svetlana no quería dar nombres. No quería provocar odio en su hijo porque ella lo tuviera. No quería señalar a culpables. Ni señalar a los suyos como inocentes, no al menos ante Mihail.

–¿Y por qué no luchan los hombres malos entre ellos para ver quién gana?

–Porque esos hombres tienen miedo a morir, porque son ricos y pueden perder mucho. Son egoístas y se quieren más a ellos mismos que a su gente.

–Pero no tienen miedo a que mueran los otros –la respuesta de aquel niño de ojos azules como un cielo primaveral sorprendió a la madre.

–Cuando seas mayor, serás presidente del gobierno, pero de los buenos...

Y se esforzó en sonreír mientras le revolvía con una mano un pelo grasoso después de tantos días sin lavarlo.

Los días eran iguales. Una vez al día venían dos hombres del pueblo, dejaban comida y agua y comentaban lo que ocurría afuera. Algunas veces, las explosiones eran muy fuertes y sonaban también muy cerca. Tanto que se podían escuchar desde la profundidad de aquel refugio construido por si acaso venía una guerra.

–¿Cuándo podremos salir a jugar arriba?

Hasta el comienzo de los ataques, los allí escondidos vivían felices en un pueblo pequeño en el que todos se conocían y se ayudaban. El pueblo estaba situado en una llanura tan enorme que no se veía una sola montaña se mirara hacia donde se mirara. En ella se cosechaba trigo y maíz. Los niños jugaban al escondite en los maizales al terminar el colegio. Coincidió el crecimiento del maíz con las vacaciones de verano. Los días eran muy calurosos y bronceaban intensamente las pieles infantiles.

Pasaban los días, las semanas, pero las preguntas de Mihail seguían siendo las mismas, aunque ya no evitaba pronunciar la palabra “guerra”. Ni su madre tampoco, porque le parecía un poco tonto ocultarle la verdad cuando los otros niños y niñas la utilizaban con naturalidad. Había días incluso que jugaban a disparar y con la boca imitaban el sonido de las metralletas y de las bombas. También usaban con frecuencia la palabra “bomba”. Igualmente, la palabra “búnker” acabó sustituyendo a “sótano”. La guerra se colaba por cualquier rendija, aunque no hubiera luz.

Estaban aburridos, muy aburridos. Algunas de las mujeres se pasaban llorando la mayor parte del tiempo. Svetlana tenía también ganas de llorar, pero no se lo permitía para que Mihail no la viera.

Una noche escucharon muchas, muchas, muchas explosiones muy cercanas. Las paredes temblaron más que nunca y la luz de los fluorescentes se apagó durante horas. Estuvieron a dos velas hasta que vinieron los hombres que traían la comida. Fue entonces cuando los tubos se volvieron a encender como por arte de magia.

Tres días después, esos mismos hombres les dijeron a Svetlana y al resto de mujeres que ya, que ya podían salir. La guerra había terminado. Los próximos aviones que vinieran

serían para dejar caer sacos con comida, dijeron los hombres. Los soldados que no se conocían entre sí ni tampoco se odiaban, por fin habían dejado de luchar.

Un griterío de felicidad se apoderó del búnker y sin recoger sus cosas en un primer momento, salieron al exterior.

El día era soleado, aunque frío todavía. Ya no había rastro de nieve en los campos y hasta se escuchaba cantar a los pájaros en el bosque cercano.

Les dolían los ojos. A todos. Tantos días encerrados los habían desacostumbrado de la luz natural. Tuvieron que pasar horas hasta que los ojos se volvieron a acostumbrar a la claridad del sol.

El búnker estaba situado muy cerca de la iglesia. Cuando salieron a la superficie del pueblo se encontraron con que una mitad de casas estaban destruidas y la otra mitad no. La iglesia también había sido dañada en parte.

Los recién salidos vieron la ruina en la que se había convertido el pueblo. Las calles estaban repletas de cascotes. Las mujeres se echaron las manos a la cabeza y a todas les cayeron las lágrimas de la impotencia. De una de las casas en pie salieron hombres y los chicos más mayores armados con fusiles.

Se abrazaron los unos con los otros y se sintieron agradecidos por estar vivos. Los hombres dijeron a las mujeres que no se preocuparan, que reconstruirían el pueblo y todo volvería a ser como antes.

Pero Mihail no los creyó.

—Lo dicen para que no lloremos más, ¿verdad, mamá?

Y la mamá le prometió que sí, que todo recuperaría el orden y volverían a vivir felices.

La casa de Mihail no había sido destruida. Habían tenido suerte porque solo dos casas más allá había tres seguidas destrozadas, pero la suya estaba intacta.

—¿Y papá cuándo volverá?

Papá había ido a luchar a la capital de la nación. Allí también había terminado la guerra, pero no se tenían noticias ni de él ni de otros muchos hombres del pueblo que permanecían en ella. Los teléfonos no funcionaban. La luz iba y venía, como cuando estaban en el búnker.

Los que tenían la casa intacta acogieron a los que la tenían destruida. En la casa de Mihail vivían también su tía y dos primas suyas que no habían tenido la misma suerte con sus casas.

La escuela también había sido bombardeada. Las autoridades educativas dijeron que se suspendía ese curso, que en septiembre comenzaría el nuevo.

Poco a poco iban volviendo algunos hombres, pero el padre de Mihail no regresaba y su mamá seguía sin tener noticias. Madre e hijo dormían juntos. El niño soñaba con aviones, con hombres malos, con disparos y en sueños gritaba que no, que él era pequeño, que no le dispararan.

–Y a mi madre tampoco –añadía en sueños.

Papá seguía sin regresar. Cómo lo echaba de menos...

Los chicos y chicas más mayores ayudaban en la reconstrucción. Los de la edad de Mihail todavía eran demasiado pequeños para trabajar y se entretenían jugando.

Lo único bueno de la guerra es que uno de los campos cercanos al pueblo en los que crecía el trigo había sido bombardeado y abundaban en él los agujeros. Algunos tan grandes que cabía una casa dentro. Algunos tan hondos que casi no se podía salir de ellos. Debía de haber más de treinta, puede que cincuenta. A Mihail lo de contar más allá del diez no se le daba demasiado bien todavía. En el búnker había aprendido a contar hasta veinte, pero muchas veces se le olvidaba el quince. En otras anticipaba el diecisiete sobre el doce. Tenía que mejorar.

Cuando terminaban los agujeros, había un tanque roto abandonado en mitad de la llanura, como un monumento a la guerra. Era un tanque enemigo y los hombres del pueblo se enorgullecían de haberlo capturado e inutilizado. Nadie se había planteado todavía sacarlo de allí. Los niños lo utilizaban para jugar a la guerra. Jugar a la guerra molaba más incluso que jugar al escondite en el campo de agujeros.

Siempre eran los mismos cinco niños: Irina, Vera, Vladimir, Oleg y el propio Mihail que era el más pequeño de los cinco. Si jugaban al escondite en el campo de agujeros era porque los mayores les prohibieron jugar en las casas destruidas.

–Se os puede caer una pared encima y mataros –dijo el alcalde con esa voz grave que tienen los alcaldes.

Pero como era más divertido esconderse entre las ruinas, desobedecieron un par de días y se fueron a la parte del pueblo en la que no estaban los mayores reconstruyendo. Pero los descubrieron y los castigaron. A los cinco; todo un día sin salir de casa. Y como se acordaban de la mala experiencia vivida en el búnker no volvieron a desobedecer. Cambiaron definitivamente las casas por el campo de agujeros. Era como uno de esos quesos que antes vendían en el supermercado y ahora no porque todavía estaba cerrado. La comida la traían en camiones.

Esa mañana tocaba jugar al escondite. Por la tarde utilizarían el tanque como escenario de sus juegos de guerra. Solían dividirse en dos bandos, uno de tres y otro de dos porque eran impares. Buenos y malos, invasores e invadidos, como había sucedido en la vida real. En todas las veces que jugaban a la guerra acababan muriendo de mentirijillas algunos niños. Con la práctica, habían aprendido a hacerse los muertos muy bien.

En el juego del escondite, el que se la quedaba lo hacía tras un árbol solitario. El árbol era un roble y servía para ocultar la cabeza tras el tronco y contar...

Uno, dos, tres, cuatro...ocho, doce, veinte...

A lo lejos, la silueta solitaria del tanque impresionaba.

Contar era muy aburrido. Y muy pesado. El niño que se la quedaba contaba unos pocos números, hasta donde sabía (nunca superaba el veinte). Después aguardaba un ratito con la cabeza pegada al tronco para no parecer que hacía trampa y se giraba. Y allí estaba la llanura llena de agujeros en los que se escondían los niños.

¿En cuál?

Adivinarlo era el objetivo del juego.

En el tanque no se le valía.

Mihail se la quedaba en esta ocasión y cuando despegó la cabeza del tronco del árbol, no vio a ninguno de sus cuatro amigos. Ahora tenía que ir agujero por agujero para comprobar en cuál de ellos se escondía cada uno. Debía vigilar que ninguno saliera corriendo y llegara al roble antes que él.

Papá todavía no había retornado de la guerra.

Mamá le decía que estaba reconstruyendo la capital. También allí los soldados del hombre malo habían destrozado muchas casas.

—¿Y por qué no viene a arreglar las de nuestro pueblo? —le preguntaba Mihail a mamá sorprendido de que tuviese que reparar los daños de una ciudad en la que no vivía antes que los de su propio pueblo.

Y mamá Svetlana callaba porque no sabía qué responderle. Pasados unos segundos le decía que pronto, que pronto regresaría y ayudaría al resto de vecinos que día tras día se esforzaban por recuperar las casas. Las mismas bombas que habían destrozado la mitad de las casas habían agujereado el campo en el que jugaban al escondite los niños pequeños.

Pero el daño era mucho y las manos escasas, y aunque los vecinos no hacían otra cosa, los trabajos iban lentos. La primavera avanzaba. Se sembró el maíz. Los días eran largos en luz. Dos meses después del fin de la guerra, el buen humor iba retornando poco a poco a los habitantes del pueblo de Mihail. El hombre malo no parecía querer volver a mandar a sus soldados que disparasen contra ellos o tirasen bombas contra casas y campos. Lo llamaban paz. Algo a lo que aspiraba la mayoría de humanos a los que no les gustaban ni los rifles ni los tanques.

Pero papá seguía en la capital, según las noticias que le daba mamá.

Aunque Basil, uno de los chicos mayores que ya tenía once años, le dijo una mañana que su padre estaba muerto. Le explicó que había explotado una bomba muy cerca de donde él estaba y le había reventado el corazón.

—No lo esperes —le expresó con crueldad, sin tener en cuenta la inocencia de sus cuatro años. No entendía que aquella conversación podría provocar un trauma en el chiquillo.

—Es mentira, es mentira. Mi padre está vivo. Está ayudando en otra ciudad...—gimoteaba furioso. Incluso propinaba patadas infantiles a un Basil que solo cuidaba, un tanto divertido, de que no le acertase ninguna.

Basil se dio cuenta de que quizá no había debido decirle lo que todo el pueblo sabía sobre su padre. Y un poco arrepentido giró sobre sí mismo y se alejó sin pronunciar palabra.

Ni rastro visual de sus cuatro amigos.

–Ya voooooy. Sé donde estáiiiiis –lo gritó con su vocecilla de niño. Pese a la ausencia de su padre, volvía a ser feliz en la libertad despreocupada de aquella llanura que no parecía tener fin.

Visitó el primer agujero y no vio a nadie. El segundo y tampoco. El de al lado y tampoco. De entre los más cercanos al árbol ninguno estaba ocupado. Le pareció extraño porque con lo cortito de los números de Mihail no daba tiempo a ocultarse en los más alejados.

–¿Estáis muy lejos? – casi gritó.

Silencio.

El sol primaveral iba poniendo morenas las caritas de aquellos niños que pasaban la mayor parte del día en el exterior. Mihail seguía sin ver a ninguno después de haber inspeccionado ocho o nueve agujeros.

Comenzaba a tener un poco de susto. Era la primera vez desde que se la quedaba en la que no hallaba a ninguno en los primeros hoyos.

–Irinaaaaaa, Vladimiiiiir....

–Oleeeeeeeeg, Veeeeeeeraaaaaa...

Nadie

No se habrán atrevido a esconderse en alguno de los dos agujeros hondos, pensaban sus cuatro años, casi cinco ya. Lo pensaba porque él y sus amigos eran pequeños de tamaño y no podían esconderse en uno de aquellos hoyos gigantescos de los que no habrían podido salir sin ayuda de algún adulto.

No se habrán atrevido, no.

Doce, catorce agujeros y seguía sin ver a nadie. El susto se le fue incrementando. Incluso le entraron ganas de llorar, pero se contuvo. Había pasado más de un mes escondido en un búnker y solo había llorado un par de veces. No iba a hacerlo ahora solo porque no encontraba a sus amigos en un juego.

Aunque en realidad, la congoja le entraba porque se encontraba solo. Solo como en ningún momento desde que estallara la guerra primero y la paz después. Solo en aquel campo de hoyos en el que se hubiera podido jugar al golf con la luna como pelota. Solo bajo la mirada implacable de aquel tanque gigantesco convertido en escultura de metal oxidado.

Tenía que ir hasta allí, hasta el primer agujero grande, el menos hondo de los dos, pero en el que había una casa en su interior. Se acercó hasta el borde, gritó, escuchó su propio eco, pero ninguna voz más. Allí no estaban, aunque el fondo estaba un poco oscuro y no se acababa de ver con claridad.

Se acercó hasta el segundo, en el que hubieran cabido dos casas como la suya. Tampoco vio a nadie, ni escuchó voz, tos o respiración alguna. Y ahora sí se asustó del todo y comenzó a llorar con desconsuelo.

No se atrevió a acercarse más al borde por si tropezaba y caía en su interior y se rompía las piernas o la cabeza en la caída.

Le temblaban los muslos y los tobillos. Echó un vistazo al tanque, que todavía estaba un poco lejos, y decidió volver al roble. Se sentaría en el suelo con la espalda apoyada en el tronco y esperaría a que sus amigos se cansaran y salieran de donde demonios estuviesen.

Mihail iba caminando con la cabeza gacha, por el doble motivo de su tristeza y de la precaución de no caer en ningún hoyo. Por este motivo no vio de inmediato a los dos niños y a las dos niñas que ya estaban sentados al pie del árbol. A medida que se aproximaba fingían fumar con los dedos para mostrar que estaban allí desde hacía tiempo y que le tocaba quedársela otra vez.

El pequeño Mihail se rascó la cabeza como preguntándose ¿pero de dónde han salido estos?

Y cuando estaba llegando al roble y empezaba a escuchar las risas y las burlas infantiles de los cuatro, vio como Basil se acercaba corriendo a toda velocidad. Cuando llegó a su altura, un poco antes de que Mihail llegase al árbol, el chico le dijo:

–Ven conmigo. Tienes visita. Corre. Estaba equivocado, tu madre tenía razón, corre, corramos.

Los cuatro amigos de Mihail cesaron en sus burlas y se encogieron de hombros al comprobar como Basil y su amigo se marchaban corriendo. A toda prisa. En dirección al pueblo.

Pero no hizo falta llegar tan lejos. Antes de la primera casa, un hombre flaco y barbudo les salió al paso. Mihail lo reconoció de inmediato. Corrió más rápido que nunca hacia él para recibir ese abrazo que todo padre pretende darle a un hijo al que cree que no va a volver a ver.

Basil se mantuvo a la distancia prudente de los chicos educados mientras padre e hijo dejaban correr las lágrimas y los sollozos. Sin vergüenza alguna de que aquel chico de once años presenciara el reencuentro.

Ahora sí que la guerra había terminado para Mihail. Felizmente.

Solo la silueta del tanque recordaba la lucha. Pronto los hombres del pueblo lo retirarían de allí. Habían hablado de córtalo a piezas para aprovechar el metal.

Qué bonito vivir después de haber estado tan cerca de la muerte.